

LUCIANO CANFORA

La
historia
falsa

y otros escritos



Capitán Swing®


La historia falsa

y otros escritos

Luciano Canfora

Traducción de
Inés Campillo Poza, Antonio Antón
y **Regina López Muñoz**

colección
Entrelíneas

Capitán Swing 

Títulos originales:

È l'Europa che ce lo chiede! Falso! (2012)

La natura del potere (2009)

La storia falsa (2008)

© Del libro: Luciano Canfora

© De la traducción:

Inés Campillo Poza (*Europa lo exige y La naturaleza del poder*)

Antonio Antón (*La historia falsa*)

Regina López Muñoz (*Espartaco, Marx y Mommsen*)

© De esta edición:

Capitán Swing Libros, S. L.

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid

Tlf: 630 022 531

contacto@capitanswinglibros.com

www.capitanswinglibros.com

© Diseño gráfico:

Filo Estudio - www.filoestudio.com

Corrección ortotipográfica:

Toni Montesinos

Primera edición en Capitán Swing:

Octubre de 2013

ISBN. 978-84-941690-4-5

Depósito Legal: M-28012-2013

Código BIC: FV

Impreso en España / Printed in Spain

Imprenta Kadmos S.C.L. Salamanca

Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

«Todo Estado se funda en la fuerza»

«**T**odos los profetas armados vencieron y los desarmados fracasaron.» Es el precepto capital del sexto capítulo de *El príncipe*, además de epicentro y piedra angular del tratado. Fórmula empleada como base de su reflexión sobre la política y, en realidad, difícilmente exorcizable. La elección de Isaac Deutscher de titular *El profeta armado* y *El profeta desarmado* a los dos volúmenes de la gran biografía de Trotski, dedicados respectivamente al ascenso y a la caída del artífice militar de la Revolución de Octubre, es una cita intencionada de *El príncipe*. Maquiavelo pone el ejemplo de un personaje que despierta en él, pese al respeto, una ironía irrefrenable: «Fray Jerónimo Savonarola, que se hundió junto a su nuevo orden, tan pronto como la multitud empezó a no creer en él».

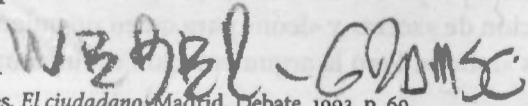
De este presupuesto se desprende una directriz igualmente dura: «Por eso conviene estar preparado de tal manera que, cuando dejen de creer, se les pueda hacer creer por la fuerza».⁶⁹ Y aquí, por supuesto, las cosas se complican. Maquiavelo vuelve muchas veces, como se sabe, a la necesidad de la fuerza como fundamento no efímero del poder: entre otras, también en el muy «difamado» capítulo XVIII, aquel en el que se refiere a la figura de Quirón, «medio bestia y medio hombre», y, por ello, gran maestro de príncipes, y donde utiliza también la vieja metáfora plutarquiana (concebida a propósito de Lisandro espartano) de la necesaria combinación de «zorra» y «león» para quien no quiera caer víctima de los «lobos». Pero la argumentación es fundamentalmente

⁶⁹ Maquiavelo, *El príncipe*, Madrid, Tecnos, 1988, p. 24.

empírica, compuesta por ejemplos. La formulación teórica más persuasiva de la imposibilidad de dividir el poder estatal, so pena de su destrucción, la encontramos, sin embargo, en Hobbes, en la conocida página de *El ciudadano* (cap. VII) sobre la imposibilidad de diferenciar entre *rey* y *tirano* y sobre la licencia que se toman los modernos cuando tratan de leer la realidad política a través de las simpatías intelectuales de los antiguos.⁷⁰

Así pues, ésta es la tradición de pensamiento en la que se sitúa el Gramsci de marzo de 1924 —no sin una influencia significativa de la crítica de matriz elitista a la exterioridad de las elecciones y los parlamentos— cuando abre el ensayo sobre la muerte de Lenin (Jefe) con la cortante sentencia: «Todo Estado es una dictadura». La explicación que da de ello en las líneas siguientes es, aunque llevada al extremo, la explicación clásica de la teoría elitista: en el gobierno no puede no haber «un número limitado de hombres». Se puede profundizar en este aforismo gramsciano («Todo Estado es una dictadura») con la ayuda de Max Weber. Al comienzo de su célebre conferencia «La política como vocación» (enero de 1919), Weber examina diversas posibles definiciones de Estado. Y, tras constatar que «tampoco es éste un concepto que pueda ser sociológicamente definido a partir del contenido de su actividad», concluye que

Dicho Estado sólo es definible sociológicamente por referencia a un medio específico que él, como toda asociación política, posee: la violencia física. «Todo Estado está fundado en la violencia», dijo Trotski en Brest-Litowsk. Objetivamente es cierto. Si solamente existieran configuraciones sociales que ignorasen el medio de la violencia habría desaparecido el concepto «Estado» y se habría instaurado lo que, en este sentido específico, llamaríamos «anarquía». La violencia no es, naturalmente, ni el medio normal ni el único medio de que el Estado se vale, pero sí es su medio específico.⁷¹


⁷⁰ T. Hobbes, *El ciudadano*, Madrid, Debate, 1993, p. 69.

⁷¹ M. Weber, *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1986, p. 83.

En los años veinte y treinta del siglo xx —una época muy remota para nosotros, conscientes, como somos, de que los Estados son ya meros escenarios teatrales y el poder reside en el más «internacionalista» de los sujetos, el capital financiero supranacional—, en los años, pues, de la caída del *Ancien Régime*, debido a la Gran Guerra y a las revoluciones sociales y «nacionales» que florecieron a partir de ella y que prometían un orden nuevo, se proclamó y reconoció el binomio poder-violencia (o Estado-dictadura).

El diagnóstico realista que Weber plantea en el plano teórico, lo encontramos, traducido en realidad empírica, en la interesante conversación que tuvo lugar en el Kremlin entre Stalin y Romain Rolland el 28 de junio de 1935. Rolland pregunta por qué no se llevan a cabo audiencias judiciales públicas y regulares antes de la condena y ejecución de quienes la prensa soviética presenta como *terroristas*. Stalin responde poniendo el ejemplo de los asesinos de Kírov, el líder del partido asesinado en Leningrado.

STALIN

Nos parecía —dice— que íbamos a honrar demasiado a estos señores, si hubiésemos examinado sus actos delictivos en un proceso público con la participación de abogados defensores. Se sabía que, tras el pérfido asesinato de Kírov, los terroristas criminales querían llevar a cabo sus planes atroces también con otros dirigentes. Para prevenir estos crímenes, asumimos la desagradable tarea de fusilar a estos señores. Ésta es la lógica del poder. En tales circunstancias, el poder tiene que ser fuerte, firme, impasible. De lo contrario, no es poder, y no puede ser reconocido como tal.⁷²

La creencia general es que el equilibrio de poderes y la práctica de los «contrapesos» ha permitido al género humano dejar atrás la dureza hobbesiana y sus ramificaciones del siglo xx.

Tal vez se puede expresar de otra manera. De hecho, sería más exacto afirmar que las élites dominantes no necesitan siempre ostentar y proclamar la propia fuerza como fundamento de su poder. Cuando su fuerza está a salvo de posibles golpes, florece

⁷² El *Corriere della Sera* lo publicó, en traducción italiana de Clara Strada, el 18 de abril de 1996.

Concentración del Poder

la doctrina de los «contrapesos». Sin embargo, cuando esto no es así, se proclama el estado de «emergencia»: un ejemplo clásico, la suspensión de la práctica electoral con todos sus corolarios (enfrentamientos entre los partidos, propaganda, etc.) y de la «libertad de prensa» en tiempos de guerra. Tanto en la primera como en la Segunda Guerra Mundial, esta suspensión fue común a todos los países en guerra, cualquiera que fuera su sistema político interno. Y, es más, surgieron, como es normal, figuras hegemónicas incluso en los países con regímenes liberales, que voluntaria y abiertamente asumieron la gestión ilimitada del poder. En Francia y en Inglaterra, Clemenceau y Lloyd George, en la autoritaria Alemania (aunque dotada de un parlamento elegido por sufragio universal), el general Ludendorff. En la segunda Guerra Mundial, Churchill y Roosevelt tuvieron que enfrentarse de nuevo a la misma elección. No podía ser de otro modo. Una vez más, la diferencia se observó después: en la mayor elasticidad y capacidad de adaptación de las élites occidentales, que hasta ahora han demostrado ser más capaces de transformar su forma de gobernar cuando cambian las relaciones de fuerza y cuando la necesidad de aislar las exterioridades y de apoyarse en la fuerza son menores. Una transformación —se observará— que un día puede revelarse de nuevo temporal (piénsese en la actual limitación, sobre todo en los EE.UU., de las libertades personales como consecuencia de la «guerra contra el terrorismo», que, por otra parte, se dice que es la guerra del futuro): pero no por ello menos importante.

Pero hay otro nivel que también tenemos que tener en cuenta. Los sistemas parlamentario-electivos, llamados (a costa de equívocos molestos) sucintamente «democráticos», cuando son, como mucho, sistemas «mixtos», se basan en una duplicidad de planos. Es más, tienen una necesidad vital de ellos. Para estos sistemas, la exterioridad o la «maquinaria política» es una necesidad fundamental: porque la fuerza está en otra parte, pero debe mantenerse lo máximo posible entre bastidores; y esto se logra mejor si la «maquinaria» que está en la escena moviliza al máximo la atención y las pasiones. En el otro teatro, el menos visible y libre de cualquier control «democrático» (nos referimos

al poder económico), *la fuerza es la única piedra angular*. Tampoco vemos cómo podría ser de otra manera. Y todo lo que Hobbes escribió criticando la idea de que el poder pueda dividirse —a menos que se recurra a lo que llama *la guerra civil*— tiene, en referencia a ese teatro entre bastidores donde se desarrolla el poder real, plena validez.

Los que saben mucho (o tal vez sólo se dejan abrumar por una anacrónica inocencia tolstoiana) plantean, cíclicamente, la cuestión de *si existen en realidad* los «poderes fácticos». Reconocemos que, sin duda, admitir su indiscreta existencia puede perturbar la idílica retórica «democrática». Sin embargo, probablemente existen,⁷³ incluso si se transforman a la misma velocidad que la tecnología y la realidad económica, y en estrecha relación con el carácter cada vez más supranacional del poder financiero. Del cual es difícil decir que *no exista*, o incluso que funcione como una articulación de la «democracia parlamentaria» (liberal, rebo-sante de «contrapesos», etc.).

Más que exorcizarlo, se puede observar el fenómeno con la serenidad olímpica de Ugo Spirito, convertido ya en posfascista, en la introducción a su *Crítica della democrazia*, donde, tras constatar que «lógica e históricamente la mayoría siempre ha sido dirigida, guiada, inspirada por minorías más inteligentes y activas», dedujo —no sin razón—: «No existe el régimen democrático, sino que existen tanto tipos de regímenes democráticos como tipos de minorías capaces de guiar a las mayorías».⁷⁴ Y ponía los siguientes ejemplos: democracias plutocráticas, democracias clericales, democracias militares, democracias sindicalistas, etc. No podía pre-verlas todas.

A nosotros nos ha tocado ver una muy especial, en la que el más fuerte de esos poderes fácticos, antes entre bastidores, se ha hecho visible y ha revelado ser la plasmación de la *forma mentis* (y la palabra misma) de los ciudadanos. Un poder que, pese a servirse de instrumentos concretos y tangibles, por cuya posesión

⁷³ Lo reveló, con estruendo, un periódico inocente de un tiempo atrás: *La voce repubblicana* del 18 de septiembre de 1992. Honor al mérito.

⁷⁴ U. Spirito, *Crítica della democrazia*, Florencia, Sansoni, 1963, p. 11.

se derrama sangre a menudo, es difícil de explicar; penetra en todas partes como el gas, y crea (¡eso sí!) al «hombre nuevo»: esto es, al súbdito-consumidor-trepa frustrado, que tiende inútilmente a desear e imitar modelos de vida inaccesibles, que terminan por constituir la totalidad de sus aspiraciones.⁷⁵ Ahí está la forma «sublime», y casi indestructible, del *poder*; pero también — conviene no olvidarlo — la máxima limitación de la palabra en una época que promete a todos la máxima libertad de palabra.

Poder

⁷⁵ Sobre esto cfr. el capítulo «El «pueblo profundo»».